

Guillermo Orsi
CIUDAD SANTA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GUILLERMO ORSI
CIUDAD SANTA

TUSQUETS
EDITORES

PRIMERA PARTE
«La traición del Río de la Plata»

El auto zigzagueando a ciento cuarenta por la General Paz apenas llama la atención del cana que, recostado sobre la puerta del patrullero, fuma distraído bajo el puente de la avenida Mosconi. Debería dar el alerta para interceptarlo por exceso de velocidad y conducción temeraria, pero mejor una pitada larga de pésimo tabaco rubio; alguna vez dejará de fumar, se dice, pero cuándo, y algo le queda claro: no mientras sea policía.

En el baúl del auto que vuela por la autopista, sacudiéndose a un lado y otro por las maniobras con las que su enloquecido chofer esquiva a los demás vehículos, maniatado, amordazado y ciego, Matías Zamorano no padece el viaje por sus ataduras ni porque esté al borde de la asfixia, sino porque sabe que es el último, que el auto a velocidad de ambulancia en emergencia es para él su coche fúnebre anticipado. Deberían haberlo matado en los baños del Mercado Central donde lo encontraron, pero los dos gorilas que salieron a cazarlo prefirieron que nadie los reconociera; son matones asalariados del concejal Viruela, alias Alberto Cozumel Banegas, pero quién lo conoce por su nombre, para todos es Viruela, heredero de uno de los tantos imperios del conurbano, zar absoluto en sus veinte cuadras a la redonda del partido de La Matanza.

La idea de pasarlo a Viruela no fue de él —se consuela pensando Matías Zamorano—. Fue de Ana, veintidós años recién cumplidos, carita de querubín flotando en una nube y agallas suficientes para regentear ella sola el garito y los prostíbulos de Zamorano, tributario a su vez del concejal Viruela y este, del gover-

nador de la provincia. Todo iba bien, pero las mujeres, si son jóvenes y hermosas, son ambiciosas, y si son ambiciosas, no se conforman con nada, creen ser el centro del universo, soles absolutos de un sistema planetario que tuvo su big bang cuando ellas nacieron, nunca antes. Y todo el resto del mundo está constituido por viejos chotos, carcamales sin coraje, muñecos armados con retazos y dentaduras de acrílico que se tragan medio frasco de Viagra y creen que se les para porque las hembras alquiladas gritan, cierran los ojos, se sacuden como alcancías esperando a que el viejo acabe o se agote, extenuado o paralizado por un infarto.

El auto abandona la General Paz y se interna en la provincia por la continuación de la avenida de los Corrales, proa a los vaciaderos de La Tablada, donde los verdugos ejecutan a los condenados sin que nadie los moleste. Zamorano conoce el trayecto, lo ha hecho tantas veces al volante de otros autos y con el baúl ocupado por buchones y sicarios, tipos sin madre paridos por la basura, que vuelven a ella agradecidos porque ya no aguantan más que la gente les diga señor, que alguna pobre mujer se enamore de ellos y les reclame fidelidad.

No tiene miedo, Zamorano. Está triste, eso sí, siente mucha tristeza y asco por él mismo; habría apurado los trámites, si le hubieran dado la chance, pero Viruela no le da una chance a nadie, por eso conserva con mano de hierro el negocio de la droga en sus veinte cuadras a la redonda, sur de La Matanza, cloaca a cielo abierto habitada por desahuciados del sistema, zombis que roban y matan por la comida, soldados harapientos de un ejército sin otra disciplina que la certeza del hambre, si no obedecen.

Piensa en Ana, Zamorano, cuando el auto entra, ahora despacio, en la calle elegida por el propio Viruela. *Quiero que sirva de ejemplo y escarmiento* —seguramente ha dicho, es su frase predilecta—, *que todos en el barrio vean en qué terminan los que se le animan a Viruela.*

Abren la tapa del baúl y, entre los dos gorilas que le dieron caza, lo ponen en pie. Le quitan la mordaza y la venda de los ojos, mala señal, pésima, o inevitable; en la expectativa de Za-

morano, es el procedimiento de rutina, la misérrima cuota de dignidad que se les permite a los condenados. Hay un tercer hombre, probablemente el que condujo el auto hasta aquí, que se ocupa de enderezarlo con suaves golpes en la columna, de alisarle la ropa arrugada para que no muera hecho un estropajo, para que los vecinos del barrio de chapas y cartón, buenas familias de *bolitas* y peruanos, le vean la cara al reo, la mirada de espanto —o de resignación, en el caso de Zamorano— con la que se despide, y adviertan que ellos —la gente de Viruela—, por lo menos, no matan a cualquiera, no se ensucian las manos con cirujas o asesinos por monedas —que de la escoria se encargue la policía, dice Viruela, quien se jacta de sus muchachos diciendo que son tropa de elite, *marines* de los suburbios.

—A este que ven acá, ustedes lo conocen —arenga el chofer a los vecinos, tomando a Zamorano por los hombros casi con afecto—. Era la mano derecha del compañero Viruela y más de una vez le habrán comprado...

Recorre con su mirada las miradas sumisas de los vecinos, es un señorcito feudal rezongando por la insubordinación de un súbdito, una oveja descarriada a la que ya mismo habrá que sacrificar.

—Ahora vamos a amputar esta mano derecha para que la gangrena no afecte al compañero Viruela. Pero desde mañana vendrá otro compañero de confianza. Porque el compañero Viruela es como las serpientes y las iguanas, vuelven a crecerle las extremidades corruptas que sus hombres de confianza le cortamos.

Empuja a Zamorano, que trastabilla pero mantiene el equilibrio, al centro del espacio vacío que ha quedado entre los ejecutores y los vecinos, el improvisado patíbulo de tierra apisonada y agua estancada de la última lluvia. Le han quitado las ataduras, podría echar a correr para que lo acribillen por la espalda, pero prefiere mirar de frente a ese par de gorilas que tantas veces actuaron bajo sus órdenes, y al chofer que dispara con la misma puntería con la que esquivaba vehículos con el acelerador a fondo.

No dice nada, Zamorano, solo los mira. Mi agachada no vale una muerte, podría decirles: hay gente por encima nuestro que

se come los alfiles, que juega con trampa y sin embargo se alza con copas y medallas, tipos que duplican sus fortunas con un solo embarque por izquierda y después se sacan la foto abrazados a Viruela.

Pero Zamorano ya está muerto y los muertos no hablan. Cierra los ojos para ver mejor al querubín; resplandece, bajo sus párpados cegados por los faros del auto, el rostro de Ana, que sonrío al conocerlo, al decirle otra vez que sí, que te acompaño, que me gusta estar con vos.

Y eso explica –Ana bajo sus párpados– por qué Matías Zamorano abre los brazos y los estrecha alrededor de su propio cuerpo, un segundo antes de los disparos.

No está solo cuando se desmorona, está con Ana.

La de abogado es una profesión solitaria y mal vista por las buenas gentes que bañan sus conciencias en colonias y perfumes, creyendo que así apestan menos. Solitaria como la de un detective de película yanqui, mal vista como la de un policía en cualquier putrefacta ciudad del mundo.

En Buenos Aires, los abogados que defienden a delincuentes presuntos son abucheados a la salida de Tribunales, hostigados por nubes de fotógrafos y cronistas que les reprochan defender a quienes el supremo tribunal de la opinión pública mandó al caldoso desde el primer día. No importa si hay pruebas que incriminen al ladrón o criminal de turno, si encontraron el cuerpo o el botín, el arma uxoricida o la caja de herramientas con la que lo acusan de haber abierto la bóveda del banco; hay un acusado con veredicto impuesto por los secretarios de redacción de diarios y noticieros, y una hoguera ardiendo las veinticuatro horas que transmiten las señales de televisión por cable.

Cuando llamaron a la puerta de la abogada Verónica Berutti, eran las dos de la mañana. Verónica acababa de despedir a un amante que fue a pedirle plata sin esperar siquiera al primer polvo, y ahora miraba por la tele una repetición de los intentos de linchamiento, en un barrio de extramuros de la capital, a un pedófilo violador que los canas trataban de esconder en un patrullero. No miraba porque le interesara, miraba por mirar, como se mira por lo general la tele, sobre todo a esa hora y después de la desagradable escena de rechazo al amante, buen cogedor, en su momento, pero con un cerebro incapaz de enviar un solo estímulo

a sus músculos para que se movieran en busca de trabajo. *Sos una puta*, gritó el ex amante cuando ya le había cerrado la puerta en las narices; *las putas no pagan, cobran*, dijo ella, pero en voz baja, y esperó a que llegara el ascensor y se apagara la luz del palier para decir *bastardo*, como en las series norteamericanas dobladas al castellano neutro, bastardo hijo de puta.

Los pacíficos vecinos de Villa Diamante rodean al coche patrullero en que acaban de incrustar al pedófilo y lo apedrean, golpean el techo con palos y hasta le tiran tomates podridos al cana que, de a pie, trata de alejarlos para que el patrullero arranque. Los golpes en la puerta del departamento de Verónica suenan al unísono con los palazos sobre el techo del auto policial, que por fin arranca hacia una calle de barro puro y acelera. La cámara lo toma coleando en el barro y Verónica se pregunta cuántos de los que querían linchar al pedófilo serán a su vez pedófilos, castigadores de sus mujeres y de sus hijos, borrachos de tetrabrik, violadores de ocasión.

Lástima que no pueda quitarles el sonido a los golpes en la puerta, apretar *mute* en su control remoto y que el mundo deje de sonar, pierda su estridencia y se borre por un tiempo.

Pese a que el vidrio de aumento del mirador lo deforma, Verónica reconoce el rostro redondo y rubicundo del querubín, sus ojos verde zapallo, el pelo rizos de oro, su belleza esmerilada como en un relicario.

Para qué decir buenas noches si ya es madrugada y nadie viene a esta hora por ir de visita: basta con exhalar un suspiro y enfilarse hacia la butaca de pana azul donde se ha sentado otras veces, pedir un vaso de agua y, aprovechando el aire, disculpas por la hora.

—Pero estabas despierta, doctora, se te nota —dice Ana, tan perceptiva, y Verónica prefiere entrar en la cocina, abrir la canilla y dejar correr el agua un rato, antes de volver con el vaso lleno.

—No sos la única. Es noche de visitas.

—Hombres —adivina Ana.

—Ya no quedan —dice Verónica—. ¿Quién te persigue?

—Nadie, por ahora. Estoy en un lío, sospecho, o no habría venido a molestarte.

La abogada piensa que a esta hora, en este mismo instante, por qué no, debería estar acabando, sintiendo en su vagina toda la virilidad del hijo de puta que llegó para arruinarle la noche, y se deja caer sobre el sillón frente al escritorio, abatida; prefiere la tele sin sonido a clientes como Ana Torrente, conflictos más largos que el del Oriente Medio y poca voluntad de pago, de ir achicando la deuda que van contrayendo con cada apelación, con cada pedido de nulidad de lo actuado, con cada vista denegada de la causa y etcéteras tribunalicios en los que se gastan energía, viáticos y suela de zapatos.

—Me duelen las várices —anuncia Verónica— si no me opero este año, tendré que contratar a alguien que me lleve a baba por los pasillos de los tribunales.

Pero Ana Torrente no capta la insinuación, la apelación variciosa a abrir por lo menos el monedero, ocupada como está en preservarse de la violencia que va estallando a su alrededor por cuestiones de negocios. Bebe de un solo trago el agua y deja el vaso sobre una revista, para no manchar el esmalte del mueble, dice, esperando de Verónica la retribución de un gesto afectuoso por ser tan cuidadosa con el mobiliario.

—Pregunto de nuevo: ¿quién te persigue esta vez?

Otro suspiro, la mirada de Ana que busca un cuadro, un espejo, una lámpara, una carpeta sobre el escritorio de la abogada en la que posarse, como quien apoya los brazos antes de hablar.

—Nadie, todavía. Pero tengo miedo.

Habían quedado en encontrarse con Matías, explica Ana: a las diez de la noche, en el café Los Pinches, de avenida del Trabajo y Pola.

—Pero cuando llegué ya habían puesto las sillas de culo sobre las mesas, el dueño estaba cerrando. *Llamaron de parte de Matías Zamorano*, me dijo, *que no lo esperes*.

—Son las dos de la mañana, pasaron cuatro horas. —Verónica parece entender lo peligroso de la situación—: ¿Por qué no viniste enseñada para acá? Ahora no encontramos a ningún juez despierto.

Se cubre el rostro con las manos, Ana Torrente. Se nota que hace esfuerzos por romper en llanto, pero el melodrama no es lo suyo, por lo menos delante de mujeres, y mucho menos de una mina como Verónica Berutti, la doctora de cuarenta y cinco años, viuda dos veces, una porque le bajaron al marido cana en un enfrentamiento, y otra, la segunda, por venganza contra ella: le acribillaron al compañero —ya había decidido no volver a casarse—, juez en lo contencioso administrativo, un inocente, hombre del derecho que le rogaba de rodillas que dejara de sacar presos y, mucho más, de mandar gente a guardar. *Para qué los metés adentro si después los sacás*, le decía, angustiado de verdad, sin comprender. Una mañana fresca de septiembre le cruzaron el auto ahí nomás, a tres cuadras, en pleno barrio residencial de Villa Devoto, y lo crucificaron a balazos sin darle tiempo a preguntar por qué.

—No me camines, Ana. No muevo un dedo por vos y te hago salir ahora mismo de mi casa, si no decís la verdad.

Ana se revuelve sobre el sillón de pana azul como si se hubiera sentado sobre un hormiguero, empieza a pestañear como si estuviera sufriendo un ataque de alergia de los que no ceden con corticoides, de mínima —y fugaz— conciencia de la gravedad de los sucesos que, a veces sin darse cuenta y otras dándose, desencadena.

—La verdad o la calle —la apura Verónica, quien no pierde la esperanza de que el hijo de puta vuelva, toque el timbre, pida perdón por el portero eléctrico.

La verdad llega, serena y lenta. Hay que desentrañarla de entre los inconvincentes pucheros de la declarante, de sus medias palabras, de su resistencia a contarle todo, pero llega.

Para que Verónica conjeture, sin temor a pifiarla, que Matías Zamorano ya fue dado de baja del elenco del concejal Viruela, y por sus propios hombres. Mala idea, la de Ana, querer pasarlo; pésima, dados los primeros resultados. No se puede joder así nomás con los capos del partido, dice; si están ahí, es porque algo aprendieron, porque tienen quien les cuide las espaldas, el culo, toda la retaguardia.

No se lo dice, porque no quiere hacerla llorar en serio. Se muerde la lengua para callarse. Sos una boliviana malparida y racista, le diría ahora mismo si quisiera hacerla llorar. Pero quiere la verdad, no lágrimas.

—Estoy hasta los ovarios de los quilombos que arman tus compatriotas. Debiste quedarte en Santa Cruz de la Sierra.

—Bolivia no existe. Mañana o pasado van a empezar a hablar más de Bolivia que de Iraq o Palestina; se nos viene la noche, doctora, no me jodas con mi patria, es un país de indios en pie de guerra, una tribu de apunados, creen que Viracocha vendrá a salvarlos, son peores que los árabes.

Ahora entiende Verónica qué le impide a Ana Torrente llorar en serio: el odio. Detesta el lugar del que ha escapado, la ciudad próspera del llano boliviano habitada por latifundistas, burócratas corruptos y barones de la droga. Apenas un año atrás, allí mismo la elegían Miss Bolivia, a ella, rubia y espigada, metro setenta y dos, curvas de alta montaña, ojos claros, querubín de labios y tetas tropicales. Firmó un contrato para recorrer el mundo, *embajadora de la inteligencia y la belleza bolivianas*, decía el locutor que la presentó en el anfiteatro de Santa Cruz; aplausos, ovaciones, flashes, micrófonos y un contrato que firmó cegada por las luces, sorda por los vítores y los fuegos de artificio con los que celebraron su coronación.

Pobre cenicienta carapálida, a la mañana siguiente, nublada la vista por la intensa jaqueca, pudo leer sin embargo la letra chica del contrato. El mundo prometido no era el mundo, era una gira por Ecuador, Perú y el interior de Bolivia, una noche en cada aldea miserable de selvas y altiplano, como avanzada de los viajes de campaña de políticos ignotos, ambiciosos capataces de un poder prestado para facilitarles los negocios a los grandes, a los que sí viajan por el mundo verdadero.

El odio, y no el llanto, le da ese aura de ángel caído que enamoró a Matías Zamorano hasta hacerle perder la cabeza y creer que podría mejicanear a Viruela.

—Hay mucha plata para vos, doctora, si me sacás de este aprieto. El negocio es bueno, lo difícil es empezar.

Cara de piedra, Verónica. *Desconecto mi hemisferio emocional*, dice de ella misma cuando escucha a sus eventuales clientes y hasta que acepta, o no, rescatarlos del infierno. Se arrellana en el asiento frente al escritorio y escucha. Solo se distrae brevemente cuando oye subir el ascensor, no puede evitarlo, boluda hasta la muerte, según su fiel amiga Laucha Giménez. Pero escucha aplicadamente, anota frases, hace cuentas, dibuja pequeños gráficos que la ayudan a seguir el hilo de la confesión de Miss Bolivia y empieza, de a poco, a entender por qué dio un portazo, rompió el contrato de bufona con lentejuelas y abandonó su reino.